

## LA NAVIDAD Y EL ÁRBOL

Quien pasea hoy en día por las calles en época navideña cuando abundan los arbolitos de Navidad decorando vidrieras, ilustrando afiches, iluminando jardines nocturnos, podría pensar que el árbol de Navidad es una costumbre muy de antaño. ¿Es esto realmente así? ¿Y qué nos quiere decir esta imagen tan conocida; qué representa?

Precisamente frente al árbol navideño podemos apreciar cómo han ido cambiando la tradición y las costumbres de la humanidad en el transcurso de los siglos. El arbolito que hoy día no falta en casi ningún hogar tiene apenas más de 200 años. En el siglo XVIII hubiera sido muy difícil ver algún árbol de Navidad, como tampoco había en ese entonces canción o poesía dedicada a él. El primer árbol del que se tiene noticia que haya iluminado la Nochebuena en un hogar, se localiza en Estrasburgo, región de Alsacia, en el año 1642. A mediados del siglo XVIII aparece en algunos lugares del centro de Alemania y recién hacia el 1800 es una figura frecuente, un nuevo símbolo de algo que había estado viviendo y tomando nueva forma en las almas humanas.

Pensemos que aquello que nosotros conocemos como la Navidad cristiana fue surgiendo posteriormente al nacimiento del cristianismo. Los primeros cristianos no festejaban el nacimiento de Jesús; ellos se reunían en las catacumbas de los alrededores de Roma, cultivando y compartiendo allí sus vivencias recientes de los misterios sucedidos alrededor del Gólgota; es decir la muerte y la resurrección de Cristo. Las representaciones que se encuentran en las catacumbas, como el símbolo del **pez\***, se refieren a la resurrección y a la cruz como símbolo de la misma. Se festejaba el 6 de enero como aniversario del Bautismo en el Jordán, momento cúlmine en la vida de Jesucristo.

Recién en el cuarto siglo de nuestra era cristiana surgió como fecha del nacimiento del Redentor el 25 de diciembre: la primera Navidad cristiana fue festejada en Roma en el año 354. Fue elegida esta fecha pues era el momento del solsticio de invierno, que ya se venía festejando hace siglos, no sólo por los romanos, sino también por los antiguos celtas, los pueblos germanos, algo distinto por los antiguos egipcios y otros. Era el momento en que el sol había llegado a su posición más baja, había perdido su calor y su vitalidad; la Tierra yacía inerte y fría, y toda vida dependía de que volviera el calor solar, la fuerza vital. Los Hombres acompañaban con sus quehaceres el ciclo del año; sus vidas estaban inmersas en los procesos de la naturaleza y dependían de ellos. Así y también percibían los cambios exteriores como cambios en su interior: cuanto más desvanecía la fuerza solar alrededor de ellos, tanto más surgía la fuerza espiritual en su propio interior. En el momento de más oscuridad ansiaban buscar la luz en lo más profundo, en lo más íntimo de sus corazones: aquella luz espiritual, aquel germen de nueva vida - la luz del ser solar, de Cristo.

No debemos pensar que recién con el nacimiento de Jesucristo se sabía de la presencia de Cristo. En todos los tiempos, los grandes iniciados habían sabido de aquel Ser Solar, de aquel espíritu divino que hacía su camino desde las vastedades del cosmos, y que algún día iba a llegar a la Tierra.

**Pez\*** signo de los cristianos en su inicio. El término “pez” En griego antiguo era una palabra ( ΤΧΟΥΣ) cuyas 5 letras conformaban a su vez 5 palabras en español: “*Jesucristo, Hijo De Dios Salvador*”

En todas las sabias religiones, esta fiesta significaba el triunfo de la luz sobre la oscuridad, significaba la firme esperanza, la confianza en que la luz triunfaría finalmente sobre la oscuridad. Los iniciados conocían a aquel Ser Solar que se acercaba y que venía para unirse a la Tierra.

Y luego sucedió el nacimiento en Belén, y aquel ser esperado, el Mesías, tomó morada en un cuerpo humano, se unió a la Tierra. Los Reyes Magos, sabios en la lectura del cosmos, comprendieron que la estrella de Belén les indicaba el camino hacia ese ser nacido en la Tierra, y con sus "regalos" llegaron al pesebre. Y los pastores, con sus almas abiertas, fueron llevados por los Ángeles a encontrar aquello que los llenara de amor.

Ha sido siempre y sigue siendo un hecho y un misterio inabarcable para la comprensión humana el hecho y la revelación de Cristo.

¿Cómo llegar a entender que, enviado desde las alturas, aquel ser cósmico haya llegado a ser humano niño en la tierra?

¿Cómo comprender aquellas palabras que resuenan desde hace más de 2000 años hasta hoy?  
"Y he aquí, Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del tiempo terrenal." (Mat. 28, 20).

Ya era una vieja costumbre en los diferentes países de Europa central buscar y almacenar en los hogares antes de la fiesta de Navidad ramas y arbustos, retoños de árboles, que eran llevados a brotar o a germinar para la Nochebuena. Y si esto se lograba en medio de la oscuridad invernal, ocurría algo parecido en las almas anhelantes de luz: se reflejaba en ellas la victoriosa fuerza de la luz y de la vida - de aquella vida que triunfará sobre la oscuridad; es decir, más allá de la muerte.

Un gran místico y predicador alemán del siglo XIV, Johannes Tauler, dejó profundas impresiones en los cristianos de aquellos tiempos con sus prédicas. Decía que **Dios nace tres veces para la humanidad**: primero, ha nacido del Padre, del Ser supremo, luego nace sobre la Tierra en envolturas humanas, y finalmente, nacerá en cada alma humana que busque en sí misma la posibilidad de unirse con la sabiduría superior y que haga renacer en sí el Yo Espiritual. Aquellas palabras de profunda sabiduría habrán dejado sus huellas en las almas, y habrán madurado a través de los siglos. Así habrá surgido también aquella imagen del nacimiento de la luz: la imagen del árbol de Navidad, del árbol de la vida, siempre verde, iluminando con la luz y el calor de sus velas la oscuridad del alma. Aquella imagen nos acerca la luz de la sabiduría y el calor del amor.

La realidad del nacimiento del Yo espiritual en las almas humanas es el tercer nacimiento de Cristo en nosotros es reconocer que Cristo realmente está con nosotros todos los días y nos llena de espíritu, nos llena con sabiduría y con amor.

Es cuestión hoy en día de que lo espiritual, lo cristiano, tome nueva vida en nosotros. También se hace necesario mirar un poco más allá de lo material y de los adelantos científicos, y buscar el sentido de los antiguos símbolos. ¿Pero cómo llegar a realizar esto en nuestra época, donde el Hombre se ha apartado considerablemente de la naturaleza, de Cristo, donde el Hombre ha hecho avances increíbles en el mundo de la técnica y ha cambiado sustancialmente su forma de

vida? Hoy en día se nos hace mucho más difícil que en tiempos pasados sentir y entender qué es "lo espiritual".

Debemos tomar conciencia de un "camino" hacia nuestro interior, nuestro verdadero Yo, y de un "camino" hacia lo exterior, hacia el mundo que nos rodea - la búsqueda de lo espiritual, lo verdadero, dentro y fuera de nosotros. En la conjunción de estos dos caminos podemos llegar a percibir que nuestro microcosmos (mundo interior) tiene su origen en las fuerzas del macrocosmos (mundo exterior) y que sigue íntimamente relacionado con él. Recorrer estos caminos, buscar las leyes espirituales que subyacen a estos mundos, es el sentido de nuestro destino como individuos.

Los Reyes Magos son una preciosa imagen que nos muestra el camino desde la sabiduría cósmica que llega a ver que Cristo realmente se acercó a la Tierra hasta hacerse Hombre. Y los pastores, abiertos con las fuerzas del corazón, nos muestran el camino hacia afuera, llevados de la mano de las fuerzas espirituales. Ambos caminos hoy sólo pueden ser recorridos desde la claridad de la conciencia y con la voluntad puesta en la tarea. El eje central de Cristo, la fuerza del amor, y también es Cristo la periferia.

El árbol de Navidad surge en Europa central en el solsticio de invierno como imagen de la luz y de la vida en la oscuridad.

¿Qué lugar le damos nosotros hoy?

En nuestras latitudes, festejamos la Natividad en pleno verano.

Sentimos cómo el sol nos rodea, cómo impregna todo lo que es vida, cómo ello se refleja en la naturaleza vigorosa y resplandeciente.

¿Qué nos dice, en la luminosidad existente aquí, el árbol de Navidad y la luz de sus velas?

Convengamos en que es un símbolo de su lugar de origen.

Bajo los aspectos ya mencionados, se podrá rever individualmente el sentido de este símbolo en nuestro medio. Aquí, el sol es el reflejo del ser solar en el cosmos. Nos puede impulsar esa luz a abrir nuestras almas a este ser solar, así como vemos a las flores -a la naturaleza entera- abrir sus pétalos y dirigir su cáliz hacia esa luz. Llenémosnos con ese calor solar y esa luminosidad.

En la medida en que logremos iluminar nuestro interior, nuestras almas, lograremos trascender la oscuridad del caos y de la discordia y llegar al amor lograremos aquel tercer nacimiento de Cristo en nosotros.

En los días de fiesta podemos sentir que, por sobre toda la lucha y por sobre todo el caos, existe la paz y la armonía -la paz y la armonía de la concordancia entre el interior y el exterior. La Navidad, así entendida, es para toda la Tierra la fiesta del nacimiento y de la consagración de aquello que une a todos los Hombres, de aquello que puede comprender, sentir y querer el ser humano.

*Gloria a Dios en las alturas, revelación de la sabiduría espiritual, de la armonía cósmica y paz a los Hombres de buena voluntad, a las almas que buscan en sí esa voluntad, ese sol, esa luz.*

Aportación de Mónica Santiesteve